

Fabiana Margolis
Te espero abajo, tiburón

Segundo premio en el Concurso Internacional de Cuentos
para Niños de Imaginaria y EducaRed
Ilustrado por Laura Michell



El salto fue increíble. Perfecto.

Primero entraron los brazos estirados, abriendo un camino preciso a través de la superficie plateada del agua que, hasta ese momento, parecía un espejo calmo y silencioso. Después la cabeza, en el lugar exacto entre los brazos firmes, como si un hilo invisible la estuviera sosteniendo para no dejarla caer.

El cuerpo entero atravesó el agua de la pileta, cortándola en dos como un cuchillo filoso, hasta que al final se perdieron de vista las piernas, tan estiradas, tensas y perfectas como los brazos. Entonces el camino abierto en el agua se cerró de golpe, tragándose ese cuerpo que Federico conocía de memoria.

Texto © 2004 Fabiana Margolis. Dibujo © 2004 Laura Michell. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito del autor. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:
<http://www.educared.org.ar/imaginaria/cuentos>

Unos minutos antes de que ella saltara, Federico la había observado en silencio, como siempre, desde el otro extremo de la pileta. Había visto sus ojos celestes parpadear, medir la distancia, calcular la altura, planificar la caída. Él sabía que ella los cerraba —siempre lo hacía— cuando sus pies se acomodaban en el trampolín y estaba a punto de saltar, como si dejara un último instante para que el azar se mezclara con aquel salto tan pensado, tan planificado hasta en sus más mínimos movimientos. Le gustaba pensar eso. Y le gustaba, sobre todo, mirarla.

Ema apareció en la superficie, del otro lado de la enorme pileta. Se impulsó con los brazos y se sentó en el borde, dejando caer sus piernas dentro del agua. Por su cuerpo húmedo resbalaban miles de gotitas transparentes. Entonces Federico contuvo la respiración, porque sabía que ella iba a quitarse el gorro de baño, dejando sueltos sus cabellos colorados, que caían en una suave cascada llena de rulos hasta su cintura. Nunca tendrían que haberse inventado los gorros de baño, pensó con amargura.

Estuvo a punto de acercarse. Siempre lo estaba. Pero en ese momento llegaron corriendo Celeste y Mónica para felicitarla por el salto y abrazarla. Ema todavía estaba sentada en el borde de la pileta, con el gorro en su mano y los pies dentro del agua, cuando apareció Matías, sonriendo. Federico no lo conocía más que de vista y ya lo odiaba. Desvió la mirada porque no quería volver a ver ese beso que también se sabía de memoria y le lastimaba como si algo lo estuviera quemando por dentro.

* * *

La competencia era en dos semanas y Ema se preparaba casi desde que las clases habían empezado. A veces, incluso, venían los profesores de natación, pedían permiso y se la llevaban del aula para practicar un rato. Esos días, Federico la observaba irse a través de la ventana de su división —él estaba en segundo tercera; ella, en segundo cuarta— y no podía volver a concentrarse hasta que Ema no regresaba. Más tarde, en el recreo compartido del patio, él veía que las puntas de su cabello permanecían húmedas, más coloradas e

intensas que el resto del pelo. Se entretenía imaginando el salto; ese instante en que el cuerpo de Ema marcaba un camino perfecto a través del aire y se sumergía en la pileta, como si entrara en otro mundo, distante y lejano.

Hacían natación en un club que quedaba cerca del colegio. Federico odiaba nadar. El primer día, los profesores habían evaluado a los nuevos para saber en qué nivel ubicarlos. Pusieron a todos los de segundo año juntos y les pidieron que fueran nadando de una punta a otra de la pileta.

Cuando lo vieron a Federico intentar unas brazadas desesperadas, más parecidas a un pedido de auxilio que a la práctica inocente de un deporte, determinaron para él la pileta de menor categoría.

—¡Federico! —gritó una de las profesoras, luego de emitir un chillido agudo con el silbato que llevaba colgado del cuello, suficiente para que todos en la pileta se dieran vuelta— ¡mojarrita!

Mojarrita era el absurdo nombre de la pileta más bajita de todas. Cuando Federico se paraba, el agua le llegaba por las rodillas. No entendía muy bien eso de ponerles nombres de peces a las distintas piletas. ¿No podrían haberles puesto sencillamente números? Pileta número uno, pileta número dos. Le daba una vergüenza terrible decir que pertenecía a la pileta de las mojarritas. Por lo menos podrían haberlo puesto en la pileta intermedia, la de los delfines. Aunque observándose con justicia, nada tenía él de delfín en su cuerpo.

Ema estaba en la pileta de los tiburones. Inalcanzable. ¿Cómo podía una mojarrita acercarse siquiera a un tiburón? Ganas no le faltaban. Pero allí estaba también Matías, protegiéndola con su mirada, y a Federico no le quedó más remedio que tomarse del borde de la pileta y, como todas las mojarritas, empezar a patalear dentro del agua.

* * *

—¿Cómo te fue hoy, Fede? —preguntó su papá esa noche, mientras le alcanzaba el salero.— A esta comida le falta sal, Mirta.

—Sabés que no podés comer con mucha sal, no acostumbres a los chicos tampoco...

—Hoy tuvimos natación —se adelantó su hermana, mientras Federico sentía que se iba poniendo cada vez más colorado. Y mudo.

—¿Sí? ¿Qué tal?

—Estoy en la pileta de los delfines... —dijo ella orgullosa— pero seguro que me pasan a la de los tiburones en poco tiempo. La profesora me felicitó por lo bien que nadaba.

—¿Y vos, Fede? —quiso saber su mamá.

—Bien, ma.

—¿Bien qué?

—Bien...

—A Fede lo pusieron en la pileta más chiquita, la de las mojarritas... —dijo ella aguantando la risa.

—¿Y vos qué sabés? —gritó Federico con furia, pensando que a veces tenía ganas de matar a todo el mundo. Y muy especialmente a su hermana menor.

—El hermano de Sofía, una de mis compañeras, está en tu misma división y ella me dijo.

—¿Y ella qué sabe?

—Bueno, basta. Seguro que ahí vas a aprender a nadar mejor y dentro de un tiempo te pasen de pileta, ¿no? —su papá seguía echándole sal a la comida.

—Sí, seguro —la mirada de odio de Federico se clavó en la cara de Analía, que no se dio por aludida y siguió comiendo en silencio.

Tal vez fuera sólo para molestarlo —Federico realmente creía que todo lo que hacían las hermanas menores era para molestar a los indefensos hermanos mayores— o para demostrarles a sus padres lo bien que nadaba, lo cierto es que, tres semanas después, Analía decidió festejar su cumpleaños en la pileta, en el mismo club donde él odiaba tener que ir una vez por semana.

—Genial —pensó Federico, pero no le quedó más remedio que ir. No pensaba ponerse la malla y hacer el ridículo entre los compañeros de su hermana, así que se llevó algunas de sus historietas preferidas, con la intención de pasar un rato en silencio, acompañado por superhéroes a los que todo parecía salirles siempre bien. Se olvidó por completo de su tía Selva, que nunca faltaba a

los cumpleaños. Selva no paró de hablar ni un segundo: le contó de sus vacaciones en Chascomús y de su nuevo perrito llamado Sancho.

—Sancho, por Sancho Panza —aclaró— el compañero de Don Quijote, ¿viste?

—Ah... —respondió Federico mientras veía la boca colorada de Selva abriéndose y cerrándose mucho, como si pronunciara palabras gigantescas y luego las lanzara muy lejos suyo. Estaba completamente aburrido.

Entonces ocurrió lo inesperado.

En un momento, cuando tía Selva detuvo su catarata de palabras interminables para tomar aire, a Federico le pareció ver a Ema subida al trampolín más alto. Los chicos ya no estaban en el agua; pronto vendrían para seguir festejando el cumpleaños en el salón vidriado. Federico abrió y cerró sus ojos tres veces para comprobar que ella estuviera allí y no fuera un invento de su imaginación. Tal vez la voz monótona de su tía ya lo hacía ver visiones.

Pero no. No era su imaginación. Ema —la Ema que él conocía— estaba allí parada.

Sus ojos celestes parpadearon, como siempre. A lo lejos, parecían dos puntos luminosos. Midieron la distancia, calcularon la altura, planificaron la caída. Después se cerraron. Y un segundo más tarde, el agua de la pileta se la tragaba por unos instantes.

Federico dudó. Ema estaba por salir en el otro extremo de la pileta, se impulsaría con sus brazos y se sentaría en el borde. Tenía ganas de acercarse. Ahora no había excusas: no estaban las amigas que siempre llegaban corriendo para felicitarla y abrazarla. Tampoco estaba Matías. No había nadie. ¿Pero qué decirle? Tal vez Ema ni siquiera lo reconociera. No eran compañeros de división; mucho menos de pileta.

Federico vio que, en la caída, Ema había perdido su gorro de baño, que flotaba ahora contra uno de los bordes de la pileta. Era la oportunidad que estaba esperando. Sin pensarlo más, dejó a Selva hablando sola sobre las aventuras de Sancho y corrió a buscarlo. Menos mal que se habían inventado los gorros de baño, después de todo.

—Tomá, se te cayó... —los rulos colorados de Ema se pegaban a su espalda. Ella tomó su cabello con ambas manos y lo escurrió, formando un pequeño charco sobre el piso de baldosas tibias.

—Gracias —le sonrió y después desvió la mirada.

Federico pensó que, si no decía nada, la conversación se acabaría antes de comenzar. No tendría muchas más oportunidades como ésta para acercarse a ella.

—Somos... somos compañeros de escuela, ¿sabías? —antes de terminar la frase, Federico sintió deseos de morderse la lengua. No podría habersele ocurrido algo más estúpido. Su cabeza era un remolino de palabras entrecortadas y le resultaba imposible encontrar alguna que no sonara tonta o sin sentido.

—¿Sí? —ella lo miró con curiosidad, desde el piso, tratando de reconocerlo. Se veía que intentaba hacerlo. Por fin dijo, luego de unos minutos que a Federico le parecieron horas: —Sí, ya sé.

La conversación amenazaba con perderse nuevamente. Entonces fue ella la que dijo:

—¿Me viste saltar? ¿Qué tal estuve?

—Genial, como siempre... —las palabras le salieron antes de que tuviera tiempo de pensarlas, de ordenarlas en una frase. Por segunda vez en una conversación que no llevaba más de dos minutos, Federico quiso volverse invisible, desaparecer cuanto antes de la faz de la tierra.

—¿Sí? ¿En serio? —ella volvió a sonreír. Y lo miró con sus ojos grandes que, de cerca, parecían más grises que celestes. Ahora sabía que él la había estado observando y la seguridad de saberlo se reflejaba en el tono de su voz, cada vez más seductora.

—Bueno, en realidad, justo al final torciste un poco la cabeza y...

—Sí, es cierto —ella lo miró entre sorprendida y divertida.— Yo también lo sentí. ¿Cómo te diste cuenta?

Federico estuvo a punto de decirle que era imposible no notarlo cuando la había visto tirarse tantas veces. Que sabía, incluso, que ella cerraba los ojos segundos antes de lanzarse a través del aire y que conocía de memoria la

posición exacta de cada una de las partes de su cuerpo para que el salto saliera perfecto. Todo eso quería decirle; sin embargo, en ese momento, escuchó la voz inoportuna de su mamá que lo llamaba desde el salón, con la cámara de fotos en su mano:

—¡Fede! ¡Vení que estamos por soplar las velitas! —Federico intentó no escucharla.

—Te llaman, ¿no? —ella ya se había puesto de pie. Era apenas —unos centímetros, tal vez— más alta que él. A Federico le gustaban las chicas más altas.

—Sí, es el cumpleaños de mi hermana...

—Bueno, andá —se despidieron con un beso. Ella tenía la mejilla mojada, tibia y suave.

Cuando Federico se había alejado algunos pasos, Ema lo llamó:

—Si querés, mañana vengo a practicar un rato. No sé, si justo no tenés nada que hacer. A las cinco...

* * *

Ese domingo, Federico estuvo en la pileta desde las cuatro y media de la tarde. De a ratos no podía creer su suerte; de a ratos temía que todo fuera una broma y pensaba que Ema nunca aparecería.

Pero a las cinco en punto, tal como le había dicho, Ema llegó.

Se saludaron con un beso tímido, silencioso. Tuvieron que esperar un rato a que se desocupara la pileta y se sentaron en el borde, dejando caer las piernas dentro del agua. Entre los dos se formó un silencio espeso, cálido y brumoso. De vez en cuando, era interrumpido por el chapoteo de alguna brazada.

—¿Puedo preguntarte algo...? —Federico la miró sin poder creer del todo que ella estuviera allí, tan cerca. Al ver que Ema asentía, preguntó:— ¿qué sentís cuando estás abajo del agua?

Ema sonrió antes de responder:

—¿Sabés? Sos el primero que me lo pregunta. No sé... es una sensación rara. Es como entrar en otro mundo. Es tan silencioso ahí abajo. De repente

dejás de escuchar sonidos, voces, ruidos. Es como estar de paseo en un lugar misterioso, casi mágico, donde sabés que no podés quedarte mucho tiempo. Por eso siempre tenés ganas de volver.

Federico la miró. Estaban muy cerca, casi podía sentir las piernas de ella dentro del agua.

—¿Por qué no te tirás conmigo? Aunque sea una vez... —y al ver la expresión de terror en el rostro de Federico, que ya estaba empezando a pensar en refugiarse en un lugar más seguro, dijo:— Así ves lo que se siente...

—Prefiero seguir imaginándolo.

Ema soltó una carcajada. Era la primera vez que se reía y el eco de su risa —una risa fuerte, clara, contagiosa— rebotó en todos los rincones de la pileta.

—Bueno, como quieras —y se puso de pie.— Entonces miráme.

Federico pensó que no hubiera podido hacer otra cosa. Ema practicó. Una, dos, tres, cuatro veces se tiró del trampolín y su cuerpo atravesó el aire como una flecha rápida y certera. Federico no dejaba de observarla y le marcaba si había inclinado apenas su cabeza o si los brazos no estaban del todo estirados.

—Creo que por hoy es suficiente —dijo ella luego de un rato, saliendo del agua y sentándose cerca suyo.

—¿Cuándo es la competencia? —preguntó él.

—El próximo domingo... no me hagas acordar, que me pongo nerviosa.

—¿En serio? Si cada vez te tirás mejor. Es imposible que alguien te gane. Ella sonrió.

—Tengo que hacer un salto perfecto. No puedo cometer ni el más mínimo error. Si no, me descalifican enseguida. Además, el trampolín no es como éste, es un poco más alto...

—¿Más alto que éste? —la cara de Federico se llenó de vértigo.

—Sí, un poco.

—¿Y por qué lo hacés?

—No sé... supongo que es en parte para complacer a mi papá. Él me dijo una vez, cuando yo era chiquita, que tenía una habilidad especial para la natación y que no podía desperdiciarla. Quiero ganar esta beca para que él vea lo buena que puedo llegar a ser.

—Sos genial... digo, sin necesidad de demostrárselo a nadie.

De repente, Federico se quedó callado. Había pronunciado la última frase pensando cada una de las palabras: eso era exactamente lo que había querido decir. Después no supo qué más agregar; pero ese silencio, por primera vez, no le molestaba. Era raro, porque siempre había pensado que quedarse sin palabras al lado de una chica —sobre todo una chica como Ema— lo hubiera hecho sentir incómodo. Había aprendido que era necesario rellenar los huecos de silencio con frases, por más tontas que pudieran sonar. En cambio ahora, la ausencia de palabras hacía que todo fuera más natural, más espontáneo. Si no tenía nada que decir, ¿por qué andar inventando cosas?

En medio de ese silencio, se inclinó sobre los labios de Ema y la besó. Así, casi sin pensarlo, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Ema no dijo nada, pero enseguida se apartó suavemente, como si corriera entre ambos una cortina invisible.

—Tengo que irme, se me hace tarde —ya cuando se había alejado unos pasos, se dio vuelta y lo miró.— Vas a venir el domingo, ¿no? Me gustaría que vinieras.

* * *

Federico no vio pasar la semana. Casi tampoco la vio a Ema, que aprovechaba los últimos días para prepararse.

El domingo amaneció cubierto de nubes grises, panzonas y perezosas. No querían irse y todo el día se pasearon lentamente por el cielo. De a ratos llovía; de a ratos se apartaban un poquito y dejaban que asomara el sol.

La competencia era en el gimnasio de un importante colegio que tenía su propia pileta olímpica. El lugar estaba lleno de gente; familiares y amigos de las diez competidoras iban y venían ocupando sus lugares.

Federico llegó temprano. Apenas entró, lo vio a Matías de lejos y sintió que se le caía el mundo. Por un momento realmente había creído que él no iría. Matías estaba con algunos amigos, todos compañeros de su división, y Federico se dio cuenta de que hablaban de él, porque lo miraban de reojo.

Matías era alto, mucho más que él, y sobresalía a la distancia. Llevaba el pelo largo y de vez en cuando hacía un movimiento para quitárselo de la cara que a Federico le parecía de lo más estúpido, pero que a las chicas les fascinaba. Tenía además una forma de mirar a las mujeres, de acercarse a ellas, que él nunca hubiera podido imitar. Las chicas se reían como bobas cuando él les dirigía la palabra y Federico no podía imaginar qué cosas tan graciosas decía. Después de todo, tal vez fuera él quien sobrara y Ema siguiera prefiriéndolo a Matías. Decidió irse ni bien Ema saltara. ¿Para qué le había pedido que fuera a verla?

Federico recién la divisó a Ema cuando anunciaron a las competidoras y una a una fueron apareciendo entre los aplausos de la gente. Ema era sin duda la más hermosa, delgada y atlética con su malla de competición color azul marino.

Ema estaba nerviosa, no podía quedarse quieta. Matías se acercó para saludarla y Federico desvió la mirada. ¿Se habían dado un beso? Si era así, prefería no enterarse.

Cuando anunciaron su nombre, después del salto de una chica morocha y petisa, Ema se quedó petrificada. No podía moverse; mucho menos subir al trampolín. La chica morocha había recibido un excelente puntaje de parte del jurado; no sería fácil superarlo.

Federico se dio cuenta enseguida de que algo no funcionaba bien cuando distinguió los ojos de Ema, más apagados que de costumbre. Entonces decidió acercarse; tener su última oportunidad antes de desaparecer para siempre.

Fue hasta donde estaba Ema esquivando la mirada de odio de Matías, que se había pegado a su cuerpo como una malla mojada.

—No puedo... —le dijo ella con una mirada que era celeste y desesperada.

—Claro que sí. ¿Cómo no vas a poder? Para eso te preparaste tanto tiempo. Para eso practicamos juntos la semana pasada.

Matías escuchó las últimas palabras y su cara hirvió de indignación.

—¿Qué hace una mojarrita fuera del agua? ¿Por qué no te volvés a tu pileta? —y señaló al lugar donde estaba la pileta más bajita de todas. Los que estaban con él se rieron.

Federico ni lo miró. Pero sintió que algo cambiaba dentro suyo. Algo que se acomodaba, como si por fin hubiera encontrado su lugar. Sentía que, si en

aquel momento lo hubieran puesto a nadar, no hubiera habido pileta suficientemente profunda donde entrara tanta decisión, tanto valor. Y así como se sintió fuerte por dentro, también comprendió que hay veces en que las palabras no alcanzan para demostrar lo que uno es capaz de hacer. Simplemente, hay que hacerlo.

—Dejalo, Ema... —Matías hizo un intento de retenerla. Y su sonrisa fue más seductora que nunca.— Si no te sentís segura, podemos practicar más para la próxima vez...

Pero ella no le hizo caso. Permaneció inmóvil, observando en silencio un punto fijo y lejano que sólo sus ojos eran capaces de ver. Por los parlantes anunciaron nuevamente su nombre.

—Vení —Federico la agarró de la mano con suavidad.— Vamos.

—¿Adónde? —preguntó Ema, como una nena chiquita que tiene miedo de ir a lugares que no conoce.

—Arriba.

Y ahí, al lado de la primera de las muchas escaleras que había que subir para llegar “arriba”, Federico se sacó las zapatillas. Subió el primer tramo, llevando siempre de la mano a Ema. La gente abajo empezó a mirar con curiosidad y a señalar con los brazos estirados.

—¿Estás seguro? —Ema lo miraba sin poder creer del todo lo que estaba pasando.— ¿No era que le tenías miedo a las alturas?

—¿Quién te dijo eso?

Ella sonrió en silencio, dejándose llevar. Estaban cada vez más arriba y Federico no quería mirar para abajo, como si temiera romper el hechizo que lo mantenía subiendo.

—¿Dónde están tus papás? —preguntó de pronto.

—Allá... —Ema señaló un lugar impreciso entre las sillas llenas de familiares. Su papá tenía un rostro severo, aunque una imperceptible sonrisa lo suavizaba un poco.

Habían llegado arriba. Era increíble lo chiquito que se veía todo desde allí.

—¿Y ahora? —Ema lo miraba sorprendida. Algunos rulos colorados se escapaban de su gorro de baño.

—¿Era cierto lo que dijiste el otro día? ¿Eso de que abajo del agua era como entrar en otro mundo?

Ella asintió en silencio, con un movimiento de cabeza y sus rulos se agitaron ligeramente.

—Bueno, allá te espero entonces.

—Estás loco... No podés tirarte. Estás vestido y...

Pero Federico ya no la escuchaba. Se había alejado unos pasos y estaba sobre la superficie inestable y móvil del trampolín. Nunca antes había estado en un lugar tan alto ni tan movedizo. Así como la había visto hacer a Ema tantas veces, midió la altura y calculó la distancia —aunque prefería no calcularla demasiado—. Estaba lleno de una fuerza extraña, que lo impulsaba a hacer algo de lo que nunca se hubiera creído capaz.

La gente no dejaba de señalarlo y murmuraba asombrada.

—Te espero abajo... —dijo, casi en un susurro, y cerró los ojos.

Los que ese día vieron a un chico vestido con unos pantalones de jean y una remera tirándose del trampolín más alto en medio de una competencia donde las participantes eran todas chicas, dijeron que fue uno de los saltos más perfectos e increíbles jamás presenciados. Alguno hasta se lamentó de que no le hubieran puesto puntaje.

Federico no vio nada: tenía los párpados apretados con fuerza y sólo sintió que su cuerpo atravesaba el aire con una rapidez inimaginable. Después, todos los ruidos se apagaron como si alguien hubiera accionado un interruptor de luz, y sus movimientos se hicieron más lentos, más pausados.

Allí la esperó a Ema para decirle que sí, que tenía razón: era como estar en otro mundo ahí abajo. Un mundo donde los silencios no eran espacios vacíos que había que rellenar con palabras. Un mundo donde los minutos podían durar horas y cada pequeño movimiento tardar una eternidad, porque el tiempo parecía transcurrir más lentamente.

Le gustaba ese mundo, después de todo. Un lugar así, exactamente igual a ése, era el que quería compartir con ella. Y se lo dijo, sin palabras, apenas Ema se reunió con él.